

so de treinta años, y los extraordinarios acontecimientos que en ellos han mediado, han sido bastantes para alterar nuestras costumbres en términos, que á uno que hubiera dejado nuestra capital en 1802 le sería imposible reconocerla en 1832. Es cierto que en la época actual la hallaría mas decorada y brillante, observaría mas actividad en nuestra industria, admiraría los progresos de las artes, vería con placer los muchos establecimientos destinados á difundir los conocimientos útiles, notaría los adelantos que el buen gusto ha introducido en las habitaciones, en los trages, en los monumentos públicos, y quedaría al pronto seducido con esta erudicion *á la violeta*, que hace á la juventud del dia lucir y brillar aun delante de la esperiencia y la senectud. Todo esto, no hay duda, ocurriría al forastero de treinta años, y por de pronto confesaría avergonzado los progresos de la actual generacion; pero en cambio de aquellas ventajas, ¿no hallaría muy luego la ausencia de otras mas sólidas y duraderas? ¿No echaría de ver muy pronto la alteracion que ha experimentado nuestro carácter? ¿Adónde encontraría ya aquella ingenua virtud, aquella probidad natural que eran el distintivo de nuestros mayores? ¿Dónde el sólido saber, que aunque patrimonio de pocos, ofrecia á la posteridad obras clásicas é inmortales? ¿Dónde aquella franqueza sencilla que daba á los placeres inocentes su verdadero colorido, y al trato general comunicaba la alegría y confianza? ¿Dón-

de, en fin, aquella cómoda repartición de fortunas, aquel bienestar general, que auyentaba las ideas de ambicion, y permitía á todos ostentar sus respectivas facultades, sin pretensiones ni cálculos? En lugar de esto, ¿qué hallaría? Desden de las virtudes pacíficas y sólidas; el vicio embellecido con todos los recursos del entendimiento; fortunas desiguales y rápidas; reputaciones usurpadas; confusion grosera de todas las clases; ficcion en el trato exterior; cabala é intrigas interesadas en el interior; la amistad hecha una pura palabra; el amor un juego de ellas; la coquetería convertida en gracia, la pedantería en ciencia, y el charlatanismo en virtud; esto, desengáñese usted, esto, y no mas, vería el forastero en nuestros magníficos salones, nuestros refinados espectáculos, nuestros elegantes cafés, tiendas y paseos.

—Paréceme sin embargo (le contesté yo algo mohino) que la prevencion con que usted mira las cosas le hace verlo todo con colores demasiado fuertes, y en cambio podria yo oponerle cuadros en que resultase todo lo contrario de lo que usted afirma.

—No hay regla, me replicó el vecino, por general que sea, que no tenga sus escepciones, y no podré negar que acaso serán numerosas las de esta; mas sin embargo creo poder asegurar que lo general inclina mas bien al cuadro que llevo trazado. Acaso me pretenderá usted negar las ventajosas circunstancias que yo concedo á nues-

tra sociedad antigua; pero para convencerle de ello con un ejemplo, le presentaré el espectáculo de una casa adonde yo concurría diariamente en 1802.

El amo de ella, hombre como de cuarenta años, franco, amable y lleno de conocimientos, habia seguido su carrera de empleado hasta llegar á un destino que le proporcionaba un buen sueldo y consideracion en la corte. Su esposa, digna de él por su amabilidad y juicio, dirigia el gobierno de la casa con aquella inteligencia é interes propias de quien reúne á una buena educacion un constante deseo de hacer felices á su esposo y á sus hijos, y los dos que tenia, varon y hembra, eran el objeto continuo de sus cuidados maternos. El muchacho asistia á las escuelas, y fue puesto en un colegio á los diez años; la niña aprendia cerca de su mamá aquellas labores y conocimientos propios de una muger que algun dia ha de dirigir una casa y hacer la dicha ó la desdicha de un hombre: ¡cuántas horas contemplando la ventura de ambos esposos hube de convenir en la felicidad conyugal! En ellos no habia mas que un pensamiento, que era el de amarse y hacerse mas placentera la existencia; el sueldo del esposo, y el producto de algunas haciendas, bastaban de tal modo á sus necesidades, que despues de sostener su casa con esplendor, todavía la económica compañera encontraba medio de hacer algunos ahorros en beneficio de sus hijos.

Las sociedad que frecuentaba tal casa era digna de ambos; amigos francos y leales, jóvenes bien educados, mugeres amables y virtuosas: yo solia asistir á su mesa ciertos dias al mes; era abundante, pero sin ostentacion, franca sin grosería; despues soliamos irnos al teatro ó á paseo; volviamos á casa, y á poco rato empezaba la tertulia. Por supuesto la primera operacion era refrescar y tomar chocolate; luego entraba la partida modesta de mediator ó de dominó, en tanto que los jóvenes hacian juegos de prendas bajo la inspeccion de las madres. Todo era alli animacion, alegría, franqueza; el amor no temia manifestarse; seguros todos de las buenas cualidades mútuas, no dudaban en entregarse á sus puras sensaciones, y yo asistí á mas de tres bodas que resultaron durante el tiempo de nuestra tertulia; la amistad no temia comprometerse, las opiniones se debatian riendo, las disputas concluían con un cigarro, y las pérdidas del juego nunca daban lugar á cambiar un doblon. Daban las once, y todos nos retirábamos satisfechos unos de otros, sin sospechar que hubiera en el mundo otra clase de placeres, y deseando que pasasen las horas para volver á reunirnos. Tal, amigo mio, era el espectáculo que presentaba la casa de don Melchor del Vallecillo; búsqieme usted ahora muchas por este estilo.

— ¿Cómo dice usted que se llamaba? repliqué yo precipitado.—Don Melchor del Vallecillo. ¿Pero qué tiene usted, que se ha inmutado? ¿Acaso le

ha conocido? ó... — No señor, no le he conocido; pero ciertamente no podia usted haber escogido otro ejemplo mas á propósito para apoyar su idea. Y va usted á verlo.

Yo frecuento en el día una de las casas mas elegantes de Madrid. Todas las circunstancias que deberian embellecer la existencia de un hombre se habian reunido en el amo de ella; salud, fortuna regular, un buen empleo, una muger con quien se casó enamorado, dos hermosos niños, consideracion en Madrid, todo se le ofrecia para hacer su dicha; pues este hombre por seguir el sistema de la moda ha hallado el medio de ser infeliz. Llegado á una edad regular, habiéndose casado, y obtenido por su buena suerte el mismo destino que ocupó su padre, empezaron á desenvolverse en él la ambicion y la vanidad, y le sujetaron á su carro de tal modo, que dejó de gozar en el momento que debia empezar á verificarlo. Por de pronto, no pareciéndole bien el cuarto que su padre habia vivido, se trasladó á una habitacion magnífica, y menospreciando los antiguos muebles que formaban el adorno de aquel, alhajó ésta con todo el refinamiento de la moderna elegancia; su esposa, cuyo carácter débil es muy á propósito para seguir las impresiones que la quieran comunicar, se dejó seducir como es natural al aspecto del lujo y la magnificencia; segundó grandemente las ideas de su esposo, ayudóle á derramar su dinero, y creciendo en necesidades supérfluas llegó á poner su

casa en un tren que compite con las primeras de la corte.

Con tan bellos elementos ¿quién resiste á la tentacion de tener sociedad? Tuviéronla en efecto, y desde el principio vieron llenos sus salones de gentes de varias esferas, desocupados, seductores, damas de fortuna, maridos tolerantes, esposas ligeras, jugadores, músicos y danzantes. El marido, que como todo hombre de gran tono empezó por hacer un viaje de dos meses á París, volvió á su casa tan lleno de aquellas *maneras*, que quiso iniciar en ellas á su esposa. Esta no tardó en aprenderlas y escagerarlas, y muy luego fue citada como el modelo de las damas á *la derniere*. Entre tanto el gasto de la casa se ha hecho escorbitante, como puede usted creerlo; el sueldo del destino, los productos de las haciendas, y aun sus mismos capitales, todo desapareció como el humo, y nuestro hombre se ha visto precisado á recurrir á la intriga y á la bajeza con el objeto de prosperar mas en su carrera, y proporcionarse medios de bastar á su disipacion. Su casa desde entonces quedó abierta á ciertos personajes, protectores gratuitos, y á ciertas damas de corte á quienes adula y encomia, no sin notable burla del resto de la tertulia que conoce sus miras. Uno de aquellos, hombre de mundo y de las peores ideas, le tiene seducido con su proteccion, y mientras tanto obsequia á su muger; ella tal vez no le escucharia; pero el mismo marido... ¡qué infamia! la obliga á

contemporizar y no ponerle mala cara. Entretanto él se encierra en su sala de juego, aventura allí el resto de su fortuna, se aficiona á ciertos manejos indecentes, y aturdido con sus pérdidas y ganancias, y con el ruido del baile que suena en el salon, no advierte que han dado las dos de la mañana...

Pues esta casa que le acabo á usted de describir es la de don Melchor del Vallecillo, y éste hombre el mismo don Melchor.

— ¡Dios mio! exclamó mi interlocutor: ¿será posible? El hijo de mi buen amigo, el jóven criado en el seno de la virtud ¿habrá degenerado hasta ese extremo?

— ¡Ay don Plácido! que no es sino demasiado cierto. — ¿Lo ve usted, lo ve usted? no le aseguraba yo antes que hoy dia... — ¿Y qué sirvieron los buenos ejemplos, la escelente educacion? — ¡Qué han de servir, me contestó don Plácido, contra la influencia de la moda y treinta años de diferencia...!

A este punto llegábamos de nuestra plática, cuando los gritos de los ligeros valencianos que pregonaban sus refrescos, y la animacion de las calles, nos hizo conocer que era pasada la hora de la siesta, y cogiéndonos afectuosamente las manos, nos separamos sin hablar mas.



Tomar aires en un Lugar.

« ¡ Qué horror ! á Madrid me vuelvo ,
que allí hay mas comodidades
si los vicios no son menos »

Breton.

“No hay remedio, amigo don Tal: usted está malo, y es preciso desterrar ciertos humores que nosotros los físicos llamamos *humores acres proclives, espontáneos y corruptentes*; y para ello nada encuentro tan acertado como el que vaya usted á tomar aires fuera de Madrid.— Si usted me lo ordena...— Sí, amigo, y con toda la autoridad de la ciencia; su imaginacion de usted, demasiado ocupada de trabajos mentales, necesita distraccion y desahogo: al mismo tiempo le es á usted conveniente el respirar un aire libre y puro, no como este mefítico que nos rodea en la capital; en fin, la vida del campo volverá á usted sus fuerzas, y ensanchará su pecho, ofreciéndole placeres sencillos é inocentes que no ha experimentado aun. — ¡ Y hácia dónde parece á usted dirija el rumbo?— Adonde usted quiera, con tal que sea á un pueblo sano, y á bastante distancia de Madrid. — No entiendo esa última circunstancia.— Pues créame usted, y sígala aunque sea sin entenderla.”

Mi doctor (que es algo brusco de modales) tomó á este punto su sombrero y me dejó sin mas preámbulos, cavilando sobre el nuevo proyecto que me indicaba. Inmediatamente corrí á rodearme de los ciento y tantos cuadernos que van publicados del Diccionario Geográfico Universal; item, del Atlas que le acompaña, con el objeto de escoger sitio adonde dirigirme en busca de la salud y de los placeres puros é inocentes. Todo se me volvía tomar y dejar mamotretos, consultar viajes pintorescos, contemplar estampas de paisajes y marinas, recitar églogas pastoriles, y reunir, en fin, un copioso número de materiales para el nuevo género de vida que iba á seguir durante algun tiempo. Pero por mas que cavilaba nada decidía, hasta que resolví salir á la calle á consultarlo con el primero que la suerte me deparase.

La casualidad á veces sabe mas que un libro, y ella y mi buena suerte hizo que me dirigiese á casa de *don Melquiades Reevesino*, cuya familia es para mí de la mayor franqueza. Por qué tanto la hallé cuidadosamente ocupada en discutir un proyecto semejante al que á mí me desvelaba; quiero decir, en salir á tomar aires á un lugar.

Motivaba esta improvisa determinacion (á lo que supe despues) cierto amorío de la niña de la casa con el jóven *don Luisito del Peral*, mozo brillante, no por su elevada cuna, no por la superioridad de sus talentos, no por la abundancia de sus riquezas, no, en fin, por su perfecta persona, sino

por un cierto aire de estrangerismo aprendido en un viaje que hizo á Bayona, por un tono decisivo y abierto, hijo natural de la calle de la Montera, y por cierta elegancia en el vestir debida á la sabia tijera de *Utrilla*; mozo, en fin, á la moda, muy versado en la chismografía corriente, y tan poco conocedor de los sucesos pasados como nada cuidadoso de los futuros.

Pues este tal era el que inflamando el corazón de *Jacinta* (que tal era el nombre de mi heroína) alteraba la paz de aquella casa, y destruía la salud de la niña, cuya palidez y tristeza se aumentaban desde el día en que al zeloso don Melquiades se le ocurrió privar á aquel la entrada en su casa. Desde tal momento la niña era el objeto de los mas solícitos cuidados; se la mimaba cuidadosamente, ya ofreciéndola manjares delicados, ya tomándola maestros de canto y de dibujo, ya llevándola del Prado á la ópera, y de ésta al baile; pero nada era suficiente á borrar la impresion que el mancebo habia hecho en su alma, y toda la facultad matritense, convocada al efecto, habia declarado solemnemente que la chica adolecia de una pasion de ánimo que acabaria con ella si por el pronto no se tomaba la determinacion de sacarla de Madrid. Tal era el apuro de esta familia, que no titubeó un momento en llevar á efecto tan sabia determinacion, y hé aqui que yo llegué cuando estaban discutiendo el punto de direccion.

Nada les podia servir mejor que mi llegada,

pues viniendo, como venia, lleno de la misma idea, y cargado de erudicion geográfica, estaba en el caso de contribuir grandemente á fijar la cuestion. Seducido con la idea que me propusieron de acompañarles en la partida, hablé larga y asombrosamente sobre los diferentes países conocidos; cité lugares célebres, atravesé montañas, salté rios, y dejé á todos pasmados con lo mismo que acababa de leer (costumbre harto frecuente en ciertos sabios del dia); pero á todo se me contestaba con esta pregunta: “¿y cuántas leguas está eso de Madrid?” y en pasando del espacio que ellos determinaban ya no habia forma de reducirles. Por fin, despues de largos y acalorados debates y comparaciones topográficas, históricas y críticas, determinamos de comun acuerdo que el viaje sería... á *Carabanchel*, célebre lugar situado donde acaso mas de un geógrafo ignora, y en cuyas ventajosas circunstancias convino toda la sociedad.

Una sonrisa de Jacinta fue la señal de la aprobacion general, y desde aquel momento ya no se pensó mas que en los preparativos del viaje, que se fijó para de allí á ocho dias. Don Melquiades salió á contratar el carruage, la mamá y la niña al almacén de *Carrillo* á comprar trages y adornos de camino, á consultar de paso con *madama Adela* la forma de los sombreros, y á despedirse de todos sus conocidos; otro se ofreció á sacar el pasaporte, aunque luego nos ocurrió que hasta pasadas seis leguas de Madrid no teniamos necesidad de él; otro

se encargó de preparar casa; un poeta de surtido que frecuentaba la tertulia corrió á componer una despedida *cantabile*, y yo me volví á empaquetar mis efectos, mi biblioteca de campo, mis mapas, mis anteojos y catalejos, y á comprar un libro en blanco para escribir las observaciones histórico-críticas del viaje.

En tan complicadas operaciones, llenos de las ideas y proyectos mas lisonjeros, y saboreando de antemano los placeres que íbamos á disfrutar, pasaron aquellos ocho dias hasta que lució la suspirada aurora, y antes que el sol iluminase el horizonte ya nos hallábamos reunidos en casa de don Melquiades con todo el tren y aparato de marcha. Los abrazos, las lágrimas, los suspiros se prolongaron largo rato; los respectivos utensilios, cofres, maletas, sacos de noche, colchones y demas, fueron colocados en el coche; y subiendo en él el papá, la mamá, la niña y yo con dos criadas, empezamos nuestro camino escoltados de algunos buenos amigos de la casa, á quienes íbamos dejando, ya en la puerta, ya en el puente de Toledo, ya en la antigua ermita de San Dámaso, ya, en fin, á la vista de Carabanchel de abajo. Entre tanto nosotros gozábamos del aspecto de la campiña, marchando entre dos filas de futuros árboles recién plantados, y animando á Jacinta (que nunca habia pasado del Canal) á regocijarse con la vista de aquellas tierras de pan llevar, ó de tal cual colina de arena que interrumpía la uniformidad del paisaje. Por fin,

despues de varias preguntas de cuántas leguas habríamos andado ya, despues de informarnos de los nombres de los lugares cuyos campanarios alcanzábamos á ver á lo lejos, y despues de disertar largamente sobre las incomodidades de los viajes, llegamos sin ocurrencia notable á Carabanchel sin necesidad de hacer noche en el camino, gracias á la agilidad de nuestras mulas.

Echamos pie á tierra en una calle *de cuyo nombre no quiero acordarme*, y ocupamos la casa que se nos tenia preparada: componíase de una salita baja con dos rejas á la calle, una alcoba, y varias piezas y dormitorios interiores que daban á las heras; y si bien el adorno, compuesto de una mesa de pino, ocho sillas de Vitoria, dos cornucopias y cuatro estampas de la prision del Maragato, no correspondian en nada al precio que se nos habia ecsigido, ni á la elegancia y porte de nuestras damas, al menos le encontramos muy en armonía con los modales y disposicion de los amos de la casa; de suerte que no tuvimos que quejarnos en este punto de la menor discordancia.

Por de pronto nos ecsaminaron bien, rieron de nuestros sombreros y bonetes, franquearon su puerta á una caterva de muchachos en camisa que nos perseguian con el epíteto de *lechuguinos de Madrid*, y permanecieron sentados, tranquilos espectadores del descargo de nuestros efectos, sin apromocarse á ayudarnos en nada. Pedimos agua para lavarnos, nos trajeron una alcofaina sucia y ordinaria que

pusieron sobre una silla , y para hacer que mudaran el agua á cada uno , tuvimos que sostener tantas cuestiones como individuos éramos ; pedimos pan , no lo habia hasta de alli á una hora ; quisimos vino , nos lo trajeron bastante malo ; por último , tuvimos necesidad de descansar , y los colchones no nos lo permitieron ; hubo , pues , que repartir económicamente los que traíamos , y aun asi no fue posible dormir , porque una plaga de moscas , moscones y mosquitos , formaban á nuestros oidos un alegre terceto , interpolado de sendas embestidas sobre nuestros rostros : esto , unido á la algarabía que traían las gallinas en el corral , y al calor y la luz que entraban por las puertas y ventanas que no cerraban bien , nos hizo pasar un ratito agradable , parecido á los varios que despues tuvimos ocasion de disfrutar. ¿Pero para qué me canso en ir siguiendo metódicamente el orden de los acontecimientos ? Basta indicar con rapidez el método de vida á que por necesidad tuvimos que acomodarnos , y haciendo la pintura de un dia , puede servir de molde para los demas.

Nos levantábamos tarde , porque no nos acostábamos temprano , porque ningun objeto nos excitaba á madrugar , porque el dia se nos hacía mas largo é insoportable , porque los vichos voladores nos disputaban el sueño durante la noche , por otras mil y una razones que sería prolijo explicar. Durante el fementido almuerzo , mal condimentado y peor servido , escuchábamos las novedades del pue-

blo de boca del sobrino del patron, *Ferminillo*, mozo travieso y decidor; cuyas novedades se reducian á saber tal cual familia que habia llegado de Madrid, con todos los ribetes y circunstancias de lo que traían, lo que gastaban, lo que comian &c.; luego solia amenizar la relacion con alguna que otra paliza dada durante la noche, tal ó cual multa ó encarcelamiento, y acostumbraba concluir con acompañarse á la guitarra unas infames seguidillas de malignos conceptos y alusiones harto claras.

Cansados de *Ferminillo*, nos dirigíamos á alguno de los jardines y huertas particulares, donde prévia una esquila del dueño, un permiso del mayordomo, un empeño del portero, ó una recomendacion del estercolador, podiamos pasearnos en dos fanegas de sembradura debajo de un emparrado, hasta que solia venir el conde ó el marqués propietario, y, ó teniamos que abandonar el campo, ó que deshacernos á cumplidos y cortesías. Saliamos de alli cuando el Dios de los tabardillos ejercía ya su poderosa influencia, y por las amenas calles de aquella brillante poblacion (interrumpidas por algunos grupos de muchachos que reían de buena fé al mirar el sombrero de Jacinta, ó al verme á mí llevando su sombrilla), nos dirigíamos á visitar á algunas de las familias compatricias, á las cuales encontrábamos ó bien entregadas á un profundo sueño, ó bien ocupadas en echar de comer á las gallinas; ya jugando al asalto, ya leyendo la Ga-

ceta de Madrid, y todos en general quejándose de que el día en Carabanchel tenia cuarenta y ocho horas. En fin, despues de proyectar algun paseo para la tarde, nos retirábamos á nuestra casa á despachar la parca comida, siempre compuesta de los mismos artículos, á menos que algun *propio* enviado á Madrid no nos trajese algo nuevo: dormíamos luego cuatro horas de siesta, y salíamos al paseo de las heras, ó bien al otro Carabanchel, en union de alguna otra familia, formando luego en cualquiera casa nuestra tertulia de tresillo hasta las once ó las doce.

Tal era la vida agreste que llevábamos, y no hay que decir que cada dia nos parecia mas necia; la salud de Jacinta empeoraba, la mia no ganaba nada, y ni médicos ni botica nos inspiraban confianza para consultarlos; el ejercicio que hacíamos en un pais árido é ingrato nos cansaba el cuerpo y nos entristecia el alma; todos los objetos que nos rodeaban inspiraban tédio y desazon; la mezquindéz de la habitacion y sus muebles, la grosería de sus dueños, las chanzas pesadas de Fermín, la etiqueta de las gentes que llegaban de Madrid, la monotonía de nuestras acciones, el aspecto mísero del lugar, la privacion de toda clase de conveniencias, las intrigas y enemistades ridículas que Fermin nos contaba, todo era muy á propósito para acabarnos de fastidiar, y al cabo de quince dias (de los cuales segun mi cuenta pasamos durmiendo los diez y medio), se empezó á

tratar de volver á Madrid. Un incidente imprevisto vino á precipitarlo.

Hacía dos ó tres noches que yo habia visto por las ventanas que daban á las heras pasar un hombre á caballo con aspecto misterioso, y haciendo salir á Fermin á reconocerle, vi que se hablaban, y que se despidió el caballero, con lo cual, y con decirme Fermin que era uno de Madrid á quien él conocia, y que estaba en el pueblo, cesaron mis sospechas, á pesar de que otras noches á la misma hora solia verle pasar.

Ya nuestra partida estaba señalada para de allí á dos dias, cuando reuniéndonos una mañana al desayuno, notamos que Jacinta no venia; llamamos á su criada, no respondió; pasamos á su cuarto, y vimos que habian desaparecido una y otra, item mas el Ferminillo, director de toda la intriga, y sobre la mesa encontramos un billete concebido en estos términos.

“ Amados papá y mamá; el estado infeliz á que me ha reducido una pasion violenta, y el convencimiento que tengo de mi pronta muerte si me empeño en resistirla, me han obligado á dar un paso atrevido y ageno de mis ideas; pero creo que el amor que ustedes me tienen les inclinará á perdonármelo. Yo huyo de la casa paterna; pero huyo bajo la protección de las leyes, y huyo con el esposo que mi suerte me ha destinado. Voy con

»Fermin y Manuela, y quedo depositada
 »en Madrid en casa de D... su amigo de
 »ustedes, mientras espero alli la aproba-
 »cion paternal. Perdon, papá y mamá; no
 »me aborrezcan ustedes, y compadézcan-
 »me por haberme visto precisada á este
 »estremo. = Jacinta.»

No hay que decir el pasmo que en ambos con-
 sortes se manifestó con esta ocurrencia; sin em-
 bargo, en la mamá noté mas serenidad, como si
 hubiese tenido algun antecedente. Yo me encargué
 de convencer al padre, y llegado que hubimos á
 Madrid, viéndose invitado por la autoridad á pres-
 tar su aprobacion, y fuertemente instado por to-
 dos sus amigos, cedió por fin á nuestras súplicas, y
 el matrimonio se celebró ayer con alegría y satis-
 faccion, sin mas nubes ni contratiempos.

La niña Jacinta parece satisfecha de haber sa-
 lido á tomar aires, y no dudo que curará de sus
 males; en cuanto á mí, sino bastasen los que to-
 mé en Carabanchel, continuaré tomándolos en el
 Retiro, ó me alejaré sesenta leguas de Madrid a-
 donde la sencilla ignorancia de la aldea no se halle
 mezclada con la malicia del pueblo bajo de la cor-
 te, y donde la campiña mas vária ofrezca mayor
 novedad y desahogo. Esto fue sin duda lo que me
 quiso decir mi médico.



El paseo de Juana.

« Debajo de esas ropas y jubones
imagino serpientes enroscadas,
uñas de grifos, garras de leones. »

Lupercio.

A electrizar muchos cuerpos
Y á cautivar muchas almas
Una noche de verano
Salió Juana de su casa :

Juana, la que en Avapies
Goza por su noble fama
Los galanes por docenas,
Las palizas por semanas;

La que con su vista solo
Turba la paz de las casas,
La que las mugeres temen,
La que los maridos aman.

Un airoso zagalejo
Sus perfecciones señala,
Y á la media pierna llega,
Y de allí, traidor, no pasa.

¡ Ah zagalejo paciente,
Qué de aventuras contáras
Si fueras enriquecido
Con el don de la palabra !

De sarga rica mantilla
Con terciopelo de á cuarta
Deja Juana por los hombros
Colgar casi descolgada,

Y en recoger las sus puntas
La mano diestra empleaba,
Con la izquierda juguetona
Un blanco pañuelo arrastra.

Apenas pisa la calle,
En marcha oblicua y taimada
Sigue á *babór* y *estribór*
Con un meneo que encanta ;

Nada, nada la detiene.
Al cruzar las calles, salta,
Y en gracia de la limpieza
Alza el vestido una cuarta ;

Todos la dejan la acera,
Todos vuelven á mirarla,
Y ella á todos los desdeña
Y sigue alegre su marcha.

Algunos mas atrevidos
La dicen "*Pase, mi alma;*"
Pero ella alza su cabeza,
Tuerce el labio, escupe ó canta;

Y va dejando plantones
Por las calles donde pasa,
Que hasta perderla de vista
Permanecen como estátuas.

¡Qué es ver al señor don Bruno,
El abogado de fama,
Quedarse petrificado
Sin saber lo que le pasa,

Andar dos pasos atras
Mirando si le reparan,
Hasta que mas reflexivo
Sigue su camino y marcha!

Y á don Cosme el mercader,
De la hambre fiel estampa,
¿No es una risa el mirarle
Que al ver á Juana se pára,

Se envuelve en su capotillo,
Y se va tras la muchacha,
Y tropezando y cayendo
Hasta que llega á alcanzarla?

Dála entonces con el codo,
Y entre toses y entre babas
La dice cuatro chocheces
Con voz trémula y cascada;

Juana le mira y se asusta
Al ver su figura estraña,
Hasta que rompe en reir
Y le deja... ¡cual quedaba!

Un cadete en este instante
Al lado de Juana pasa;
Mírala, vuelve y la sigue;
Al cabo una cadetada.

Formando iba mil proyectos,
Y contemplando con ansia
La belleza de Juanilla,
Que ya cuenta por lograda.

Tienta primero el bolsillo
Para escuchar si sonaba,
Que esta clase de conquistas
No se hace con otras balas.

Avanza luego atrevido,
Y sin mirar mas que á Juana
Con palabras de gragea
Sus deseos la declara.

Juanilla, á quien el pudor
(Como es natural) ahogaba,
Sigue su paso, y camina
Sin responderle palabra,

Y el cadete, conociendo
Que *otorga todo el que calla,*
Marcha al lado, y tanto dice
Que al fin le responde Juana.

Arman, pues, conversacion,
Y yo no sé de qué hablaban,
Pero es cierto que el cadete
Iba que lástima daba.

Su paso era acelerado;
Mas la compañera maula,
Que conoce del mancebo
Las no disfrazadas ansias,

Quiere probar su paciencia,
Y á un vecino que pasaba
Le pára, y empieza á darle
Conversacion mas que larga
Sobre no sé qué diabluras
Que hicieron noches pasadas.

Rabiando estaba el cadete
Y pelándose las barbas
Al mirar todo este paso
Desde una esquina inmediata;

Hasta que compadecida
De su situacion la Juana
Se despide del vecino
Y hácia el cadete ya marcha.

Éste viéndola venir
Olvida sus amenazas,
Vuelve á espresar su contento,
Vuelve á la dicha turbada.

Llegan despues de un buen rato
De la tal niña á la casa,
Y en un oscuro portal
Entran en dulce compaña.

Una escalera de torre
No es mas peligrosa ni alta
Que la que el pobre cadete
Tuvo que subir tras Juana.

Él que se miró en lo oscuro
Corre en pos de la muchacha,
Y como iba tan turbado
Y la escalera era mala,

No subia un escalon
Sin que un susto le costára,
Porque en el que no caía
Por lo menos tropezaba.

Llegan al alto por fin,
Y á la puerta Juana llama :
Ábrese, pues, y una vieja
Asquerosa y remendada

(De estas viejas que su oficio
Llevan pintado en la cara)
Es el objeto primero
Que delante se les planta.

Un torcido candelero
Con media vela en la sala
Coloca, y muy cuidadosa
Dispone no falte nada;

Pone sillas, las cortinas
Desplega, espanta la gata,
Y hace, en fin, lo que hacer suele
Toda muger de su casta.

Vase despues, y los deja
En libertad... pero calla,
Que quiero tomar aliento
Para describir la sala.

Érase un cuarto pequeño,
Las paredes sombreadas,
Las bovedillas mugrientas
Las arañas las poblaban.

Juana era caritativa,
Y así vivir las dejara,
Consiguiendo con sus telas
Tener la casa colgada.

Una mesita de pino,
Un San Antonio de talla,
Y á su lado en simetría
Dos tiestecitos de albaca;

Un espejo sin azogue,
Del *dos de Mayo* una estampa,
Y un pandero en una esquina
En frente de una guitarra;

Tres desvencijadas sillas
Concluían de la sala
El adorno, y en verdad
Que estaba bien adornada.

¿Pero... adónde está Juanilla?
¿Y el cadete? ¡Ah, buenas maulas!
Mas silencio, que á la puerta
En este momento llaman;

¿Quién es? (pregunta la vieja.)—
Abra usted, señora Claudia.
“¡Ay Juanita! que es el zurdo:
Por Dios que no sienta nada.”

Abre la vieja, y un majo
De sombrero de calaña,
De chaquetilla redonda,
Y de garrote y navaja,

Entra y toma posesion
Pacífica de la sala ;
Y en tanto que la Juanita
Sale á ver su buena alhaja,

El cadete de puntillas
Se va por la puerta falsa,
Agarrado de la vieja
Bajando á oscuras la escala ;

Y al encontrarse en la calle,
Su razon ya despejada
Le hace ver su desvarío,
Y mil temores le asaltan,

Pero no solo en temores
Pararon, que poco tarda
En conocer los efectos
De pasearse con Juana :

Y entonces diz que el cuitado
A sus solas esclamaba :
¡ Oh placer, cuán poco duras,
Y qué de penas arrastras !

El día 30 del mes.



« Reveses de fortuna
llamais á las miserias :
¿por qué, si son reveses
de la conducta necia? »

Samaniego.

Pared por medio de mi casa vive *don Homobono Quiñones*, gefe de mesa de cierta oficina, y uno de los caracteres mas originales que he conocido. Fenelon aseguraba que *el hombre mas dichoso es aquel que cree serlo*, y si este dicho es ecsacto, como debemos sospecharlo, hay motivos para pensar que el don Homobono sea aquel mortal privilegiado. Y sino se me creyese sobre mi palabra, créase al menos la pintura que de él haré.

La satisfaccion y la alegría parecen haber escogido su mansion en aquel semblante que los años procuran en vano arrugar: ningun achaque destruye su físico, ninguna pena halla el camino de su corazon, ninguna sensacion violenta obra fuertemente sobre su alma. Los movimientos del dolor son desconocidos, su estado habitual es el de la alegría; pero no una alegría ardiente y bulliciosa que haga trabajar á su imaginacion, sino un placer tranquilo y bonancible que le inclina á ver las

cosas por el lado mas favorable. V. gr., su muger es altiva, gastadora, y ejerce sobre el esposo un dominio mas que conyugal; ¿pero qué importa? es alegre, graciosa, se da tono en la sociedad, hace hablar de sí y de su casa, y esto le basta á su esposo: la niña es caprichosa, mal criada, y sin ninguna de las inclinaciones que descubren un fondo de virtud; ¡pero es tan bonita! ¡tan juguetona! ¡canta tan bien! ¡baila con tal gracia! que su papá se pasma mirándola; el muchacho es un calaverilla contrahecho, frívolo, enredador y pedante; ¡pero tiene unas ocurrencias tan graciosas! ¡se burla con tal agudeza de sus maestros! es tan diestro para hacer sus travesuras, que nadie (y menos su padre) se atreve á reprenderle: los amigos de la casa son demasiado francos, se toman hartas libertades, frecuentan sobradamente la mesa, y ayudan á caer á aquel ruinoso edificio; pero sino fuera por ellos, ¿quién habia de resistir la monotonía y el fastidio? Por último, los criados son habladores y rayan en insolentes, roban y malgastan lo que pueden, trabajan poco y mal, comen mucho y bien, y duermen mejor. ¿Pero quién tiene valor para meterse con ellos en contestaciones de esta especie? "*Il faut que tout le monde vive,*" decia Luis XVIII: *es preciso que todos vivamos*, traduce don Homo-bono.

Solo hay doce dias en el año en que este buen señor (*bonus vir*) suele hacer alguna reflexioncilla de distinta naturaleza, y son los dias 3o de ca-

da mes, época fatal en que vienen á reducirse á maravedís todos los placeres y contenidos de las tres décadas anteriores. Pero aquella sombra que por un momento quiere oscurecer su imaginacion, desaparece al instante, cual ligera nubecilla en un cielo tranquilo y sereno. Sin embargo, en las cortas horas que dura la estraña lucha de sus inclinaciones con su razon ofrece un espectáculo tan grotesco, que el difunto Goya tomaría en él original para un nuevo *capricho*.

Llega por fin despues de veinte y nueve la suspirada aurora en que el cuerno de Amaltéa va á destaparse y verter sobre mesas y bufetes su argentada preñez. Mi funcionario, por su calidad de gefe de mesa, debe dar buen ejemplo; el barbero, el peluquero, el chocolate, y las demas ocupaciones matutinas, adelantan aquel dia media hora al sistema ordinario; y no bien han sonado las ocho y media de la mañana, sale de su casa, no sin grave agitacion de los artesanos y tenderos, que viéndole pasar, gritan "*las nueve,*" espresion natural y espontánea que honra mas la puntualidad de este empleado que cuantos discursos pudiera yo escribir.

Llega á la oficina... ¡qué ecsactitud en todo el mundo! ¡qué soltura para el trabajo! ¡qué valentía de pulsos para rubricar la nómina! ¡qué combinacion para repartir metódicamente los cartuchos de municiones de boca! Uno de los de grueso calibre toca por supuesto á don Homo-bono, y su imaginacion se espacia considerando su longitud, que

le promete una serie de goces no interrumpidos hasta el fin del mes siguiente. Mas ¡oh imperfección de las cosas humanas! ¿quién habia de decir que esta agradable ilusion habia de durar tan poco? Yo lo diré, y tambien la causa; y es que don Homo-bono *habia echado la cuenta sin la huéspedea*, y *la huéspedea* era su muger.

De vuelta á su casa, una horita mas temprano que de costumbre (por el sabio sistema de las compensaciones), viene cargado dulcemente con aquel amable fruto de sus tareas públicas, y ya le mira convertido en sendos jamones, nutridas empanadas, robustos pavos é ingeniosos ramilletes, y tambien en palcos de toros y comedias, coches y tiros, merendonas y algazaras; tan armónicamente organizado está su cerebro. Mas ¡oh desgracia! al doblar la esquina de su calle sale un fementido tendero, y con obligantes cortesías le pregunta por su salud; don Homo-bono cambia de color, y pasa á la otra mano el pañuelo de la mesada; pero del opuesto lado ábrese la puerta de la modista, y *Madama Cotillon* le hace tres cortesías á la francesa y le presenta un papel en español. (Aquí don Homo-bono guarda el pañuelo en la solapa del frac, remedando en este juego el de Bartolo con la bota en *el Médico á palos*.) Recibe, pues, el papel con la misma seriedad que un ministro los memoriales, y entra bruscamente en el portal; pero un vinatero manchego, sentado en la escalera, le quita cortesmente la monterilla y sube detras de

El, ganando por la mano al tendero y á la modista. Entra en su casa; cierto caballero muy elegante se le presenta y hace cincuenta cortesías; contéstale don Homo-bono con otras tantas, y preguntada su gracia, le dice ser *Mr. Battement*, maestro de baile de *Mademoiselle*; mas allá se inclina profundamente un viejo mal vestido, que se da á conocer por el maestro de gramática del señorito; y no lejos de él *il signor Gorgorini, professore di musica et allievo del Conservatojo di Milano*, hace presente que es el encargado de la garganta de la *Signorina*.

Don Homo-bono conoce, aunque tarde, lo efímero de sus ilusiones; pero resuelto á quedar con el honor correspondiente, entra solemnemente en su despacho, y colocado con magestad *sede pro tribunale*, manda abrir con estrépito entrambas hojas de la puerta, y empieza la audiencia y pago. Concluida la operacion con los que van relatados, se dispone á poner á cubierto de la derrota las medallas ecistentes, cuando un fuerte campanillazo le hace conocer que aun hay enemigos que aplacar. Con efecto, era el casero, y todos saben la clase de gesto tan repugnante que esta gente tiene, especialmente en ciertos dias; gesto inevitablemente mensual, trimestral, semestral, ó anual, que recuerda las apariciones periódicas de los cometas de gran cola, previstas tristemente por los astrólogos agoreros.

Fue preciso sacrificar á aquel fantasma terrible una buena parte del remanente de los 30 dias,

y otra no corta porcion repartieron entre sí el *sastre géometra*, el *zapatero galan*, el *fondista son argent*, el *almacenista de géneros carrillo*, el *calcesero de antaño* y el *peluquero de ogaño*, que todos fueron llegando como llamados á son de campana comunal.

Pero la mas decisiva de las visitas faltaba aun, y era la de la amable compañera, la caritativa costilla del don Homo-bono, que venia á notificarle como de alli á dos dias era el cumpleaños de la niña, y que habia determinado tener unos cuantos convidados, y un poquito de funcion. En vano Quiñones se afaná en manifestarla que se quedaba sin un cuarto, y con un mes delante de sí; su carácter no era tan poco para grandes reflexiones, ni ella las admitia, y asi fue que á dos por tres quedó en manos de la última el resto de la mesada, y don Homo-bono libre de cuidados. Entre tanto aquella noche para empezar la funcion hubo música y baile, y el esposo fue el primero que en tales momentos se entregó al exceso de su felicidad.

Sin embargo, asi pasó un mes, y otro, y otro, y vino un año, y se juntaron doce déficit que don Homo-bono no pudo pagar, y á los dos años ya serán veinte y cuatro, y asi sucesivamente, y se tendrá que empeñar, y luego no podrá satisfacer, y luego vendrá la vejez, y luego se jubilará, y luego, luego... en la calle de Atocha, última casa á la derecha, acaso darán razon.





M. G. G. G.

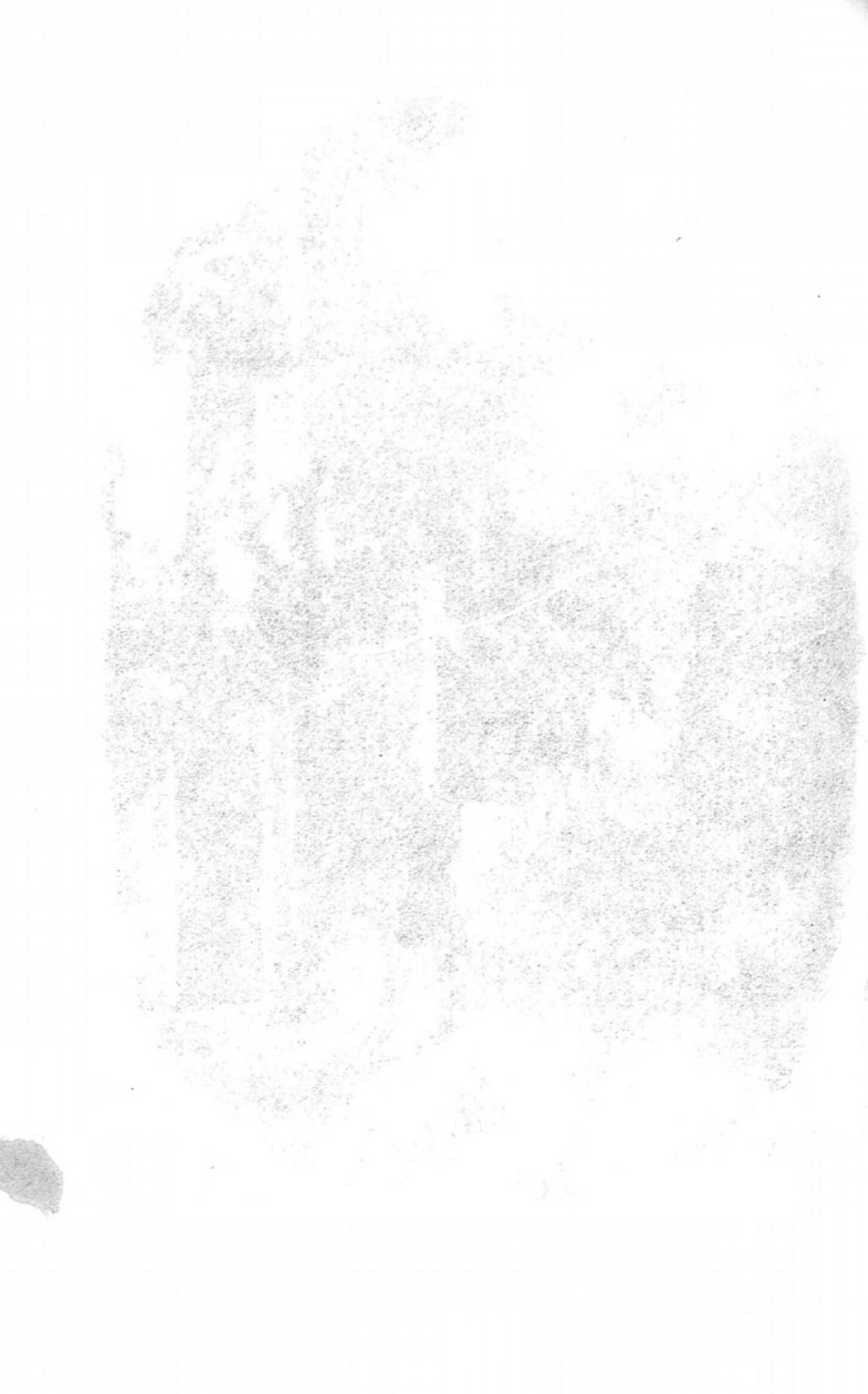
Cona F. G. G.

La de Salmarobí Madrid.

"Bon mu... ¿ es V'U' ?"

(El amante ciego de vista)





El Amante corto de vista.

« ¡ Ay cielos! sueño despierto,
pierdo cuando estoy ganando,
soy lince y á oscuras ando,
y en fin, apunto y no acierto.»

Tirso de Molina.

“¡Cómo! (esclamará con sorpresa algun crítico al leer el título de este discurso) ¿tampoco los vicios físicos estan fuera del alcance de los tiros de *el curioso*? ¿Ignora acaso este buen señor que no le es lícito particularizar circunstancias que quiten á sus cuadros las aplicaciones generales? ¿Y quién le ha dicho tampoco que sea razonable presentar el ridículo de un vicio físico, por lo menos sin que vaya acompañado de otro moral?” — Paciencia, hermano, y entendámonos, que quizá no es difícil. Venga usted acá; cuando ciertos vicios físicos son tan comunes en un pueblo que contribuyen á caracterizar su particular fisonomía, ¿será bien que el descriptor de costumbres los pase por alto sin sacar partido de las varias escenas que deben ofrecerle? Si hubiese un pueblo, por ejemplo, compuesto de cojos, ¿no sería curioso saber el orden de la marcha de sus ejércitos, sus juegos, sus

bailes, sus ejercicios gimásticos? ¿Pues por qué no se ha de pintar el amor *corto de vista* donde apenas hay amante que no lo sea? Por otro lado, ¿quién le ha dicho á usted que esta enfermedad *de moda* no presenta su aspecto moral? ¿Tan difícil sería probar su descendencia de la depravacion de costumbres, de los vicios de la educacion, ó de los excesos de la juventud? Con que ya ve usted, señor crítico, que este asunto entra naturalmente en la jurisdiccion de mi benigna correa, con que ya usted conocerá que no hay inconveniente en hablar de él. — ¿No? pues manos á la obra.

Los ejemplos me salen al paso, y no tengo mas que hacer que la eleccion de uno. Tóquele por hoy la suerte á Mauricio R... y perdone si le hago servir para desarrugar la frente de mis amables lectoras. — ¿Y quién es el tal? — El tal, señoras mias, es un jóven de veinte y tres, cuya figura espresiva y aire sentimental descubren á primera vista un corazon tierno y propenso al amor; no es por lo tanto estraño que encontrase gracia cerca de ustedes. Asi ha sucedido, pues, y algunas aventuras en calles y paseos previnieron al jóven Mauricio de sus ventajosas circunstancias; mas por desgracia el pobre mancebó tiene un defecto capital, y es el ser corto de vista, muy corto de vista, lo cual le contraría en todos sus planes.

Alto, señoras, no hay que reirse, que mi héroe no lo toma á risa, ni sabe sacar partido como otros muchos de este mismo defecto, para ser mas atre-